que, en su segundo viaje, recibió San Pedro generosa hospitalidad en la casa del senador Pudente, situada en el *vicus patricius;* y allí hizo establecer el primer centro, propiamente dicho, de reunión de esta Iglesia naciente, es decir, la cátedra del Príncipe de los Apóstoles, que fué la de sus sucesores durante trescientos años, y que no es otra, salvo numerosas transformaciones, que la venerable iglesia de Santa Pudenciana, *Vetustissimum omnium titulum Pudentis nomine appellatum*, dice Baronio. Este título pasó más tarde á Santa Práxedes. He aquí un monumento que parece confirmar esta respetable tradición. Es un mosáico del siglo IV que ha sido conservado hasta 1595 en la iglesia llamada por los antiguos *Pudentiana* ó *titulus Pudentis*, y que todavía existe en la misma capilla donde se ve la mesa de madera sobre la cual se cree que San Pedro celebraba los santos misterios. Este mosáico, destruído en el siglo XVI, pero del que Chacón nos ha conservado una copia, representa, como se ve, un personaje con el nimbo, que parece dirigir la palabra á dos ovejas colocadas á sus lados. A pesar de la evidente infidelidad del dibujo, debió ciertamente reproducir el tipo conocido de la figura de San Pedro, y el comentario, cuya copia acompaña Chacón, atestigua que se consideraba el monumento como destinado á perpetuar el recuerdo de la predicación del Apóstol en este lugar (De'Rossi. *Bull.* 1867, pág. 43).

Sin embargo, conviene observar que siendo la catedral del Papa, no pudo ser esta basílica un *título* presbiteral en un principio. Sólo Pío I le agregó, en 142, un oratorio, del cual hizo para el sacerdote Pastor, su hermano, un título, que se llamó después *titulus Pastoris*. Esto es lo que tiene lugar hoy en nuestras catedrales, donde una capilla ó un oratorio están sujetos al *título* parroquial.

También hubo títulos en las casas de otros varios cristianos ilustres, en la de Prisco y Aquila, por ejemplo, personajes que San Pablo saluda nominalmente en su *Epístola á los Romanos* (XVI, 3); sobre el monte Aventino, en la de Lucina, ilustre matrona que fué también la patrona de los apóstoles San Pedro y San Pablo; en la de San Clemente, al pie del monte Celio; en la de Eudoxia, etc. Entre estos títulos primitivos figuran también los de Equicio, Vestina, Pammaquio, Fasciola, etc. Más tarde, algunos *títulos* tomaron su nombre de los santos á quienes estaba dedicada la iglesia, como los de Santa Cecilia y Santa María *Trans Tiberim;* otras veces tomaban el de los pontífices que las habían establecido, Julio, Dámaso, etc.

III. ¿Cuál fué el número de los *títulos* creados por San Evaristo? Aunque el Libro de los Pontífices guarda en este punto silencio completo, debe creerse que fué igual al de los sacerdotes que dispuso San Pedro se ordenasen para el servicio de la Iglesia romana. Como quiera que sea, el número de estos *títulos* era todavía de 25 á principios del siglo III. En efecto, vemos en esta época que el Papa San Urbano es el primero que dispuso que los vasos sagrados serían de plata, haciendo fabricar 25, número igual al de los *títulos* de Roma, *hic fecit ministeria sacra omnia argentea viginti-quinque* (*Lib. Pont. in Urban.*). Lo mismo sucedía en 304, bajo el pontificado de Marcelo (*Lib. Pontif. in Marcell.*). En el siglo V se elevaron á 28 y se sostuvo esta cifra hasta Honorio II; después se elevó, en el siglo XIII á 44; hoy es de 50.

Leemos en la obra del P. Marchi (página 26) los epitafios de varios sacerdotes de los antiguos *títulos* de Roma: LOCVS PRESBITERI BASILI TITVLI SABINAE.—LOC. ADEODATI PRESB. TIT. PRISCAE, etc. Las inscripciones de los clérigos menores mencionan también con frecuencia el *título* á que estaban sujetos en calidad de lectores, por ejemplo, ó de acólitos (véanse los artículos *Lectores* y *Acólitos*).

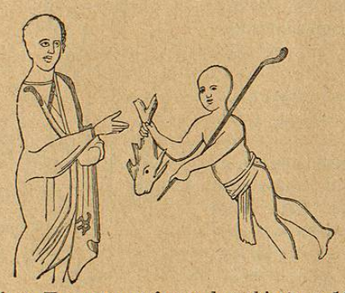
IV. Además de los *títulos* desempeñados por cardenales-sacerdotes, hubo también, como hemos dicho, diaconías (véase Platina. *De cardinalis dignitate et offic.*, c. II, § 71), que no eran otra cosa sino casas hospitalarias, á las cuales estaban anejos oratorios, y donde eran alimentados y sostenidos los pobres, los huérfanos, los ancianos, etc.; á estos establecimientos fueron agregados diáconos, que se llamaron también cardenales. Cuando el tiempo, ó más bien los trastornos que con tanta frecuencia han agitado la Ciudad Eterna, hicieron desaparecer estos hospicios, sólo las capillas conservaron el nombre de diaconías. En un principio estas diaconías fueron en número de siete solamente, para los siete diáconos de la

Iglesia romana. En el siglo II se agregaron otras siete, á fin de que cada una de las catorce regiones civiles de la ciudad tuviera la suya. Y los diáconos-cardenales tomaron sus nombres de estas diaconías, que eran designadas á su vez por el número de la región á que correspondían (véase el artículo *Curas párrocos*).

Se ha disertado mucho sobre el origen de este nombre de título dado á las iglesias. Según unos, vendría de las tumbas de los mártires que se llamaban *tituli*; según otros, de los títulos fiscales, los cuales, agregados á un objeto cualquiera, hacían que este objeto fuese devuelto al príncipe. En este sentido, las iglesias habrían tomado su nombre de título de su misma consagración al Rey de los reyes. Altasserra (*Not. in Anast.*) explica como sigue este origen: «Las iglesias se llamaban títulos, porque cuando un saeerdote era ordenado, su ordenación se hacía bajo su título, es decir, con designación de una iglesia especial, cuyo ordenado recibía el nombre de *titular.*»

TOBÍAS.—Los primeros cristianos, según la doctrina de los Santos Padres, consideraban el pez que, por orden del ángel, pescó el joven Tobías en las aguas del Tigris, como la figura del Salvador (S. Agustín. *Serm.* IV. *De SS. apost. Petro et Paulo.*—S. Optat et Milev., *lib.* III. *Contr. Parmen.*, vers. init.). Del mismo modo que el pez había, con su hígado, librado á Sara del mal espíritu, y con su hiel devuelto la vista al viejo Tobías, así Jesucristo, por su Pasión, arrojó del mundo al demonio y disipó las tinieblas en que la humanidad estaba envuelta (véase el artículo *Pez*).

Las diversas representaciones de este asunto que han llegado hasta nosotros, siguen casi sucesivamente los acontecimientos de la patética historia de Tobías. Un fresco de las catacumbas que se cree del siglo II (D'Agincour. *Peinture*, pl. VII, n. 3) presenta al joven Tobías al principio de su viaje y guiado por el ángel. Otra pintura (Bottari, tav. LXV) lo representa en un estado de desnudez casi completa, llevando en la mano derecha un pez suspendido de un anzuelo, y en la izquierda el báculo del



viajero. En un tercer fresco descubierto en 1849 (Perret, vol. III, pl. XXVI) en el cementerio de los Santos Trason y Saturnino, y que reprodu-cimos porque la escena está representada de una manera más completa, se le ve presentando el pez al ángel, vestido con una larga túnica. Todavía aquí Tobías está desnudo, salvo un cinturón en las caderas. Pero en general lleva una túnica corta y ceñida, y tiene la mano en la boca del pez: así se encuentra en un vaso dorado de la colección de Buonarruoti (tav. II, n. 2) y en otro monumento exactamente igual, pero de fondo azulado, en la obra de M. Perret (vol. IV, pl. XXV, 33). El P. Garrucci (*Vetri.* III) ha publicado tres casi semejantes; he aquí uno de ellos. Es probable que estos dos vasos, que, dado lo pequeño de sus dimensiones, formaron parte de copas ordinarias (véase el artículo *Fondos de copa*, V) sirvieran en agapas nupciales, porque desde los primeros tiempos Tobías y Sara fueron citados como los modelos de los esposos cristianos.

El R. P. Marchi nos presentó y nos explicó, en 1844, una bella patera de bronce en la que está grabada ó dibujada la pesca de Tobías, y que el sabio jesuíta creyó haber servido en los primeros siglos para la administración del bautismo por infusión. Y M. De'Rossi cita (*De Christian. monum.* **ΙΧΘΥΝ** *exhibent.*, página 13, nota) una pintura del cementerio de San Saturnino encontrada recientemente, que traza toda esta historia de una manera más acabada que ningún otro monumento hasta hoy conocido.

Por último se ve, en un fresco de las catacumbas al joven Tobías, precedido de su perro, y llevando en la mano un objeto que se cree ser el corazón y la hiel del pez (*Hagioglypt.*, página 76), y en un sarcófago de Verona (Maffei. *Verona illustrata.*, part. III, pág. 54), delante de una casa ó un pórtico, un perro acariciando un anciano. Esta es la vuelta de Tobías: se ha dicho en el capítulo XI (vers. 9) del libro de *Tobías*, que el perro que lo había acompañado le precedía para anunciar su llegada á su viejo padre: *Quasi nuntius advenit, blandimento suæ caudæ gaudebat.*

No está fuera de propósito observar aquí que estas representaciones, con tanta frecuencia repetidas en la primitiva Iglesia, cuando nada se hacía en este género, ya en los cementerios, ya en las basílicas, sin la autoridad de los pastores, prueban hasta la evidencia que el libro de Tobías fué colocado desde los primeros tiempos en el canon de los Libros santos, Y este hecho es un ejemplo, entre otros mil. de las ventajas que la apologética católica saca

del estudio de los monumentos primitivos (véase el artículo *Arqueología*).

TODOS LOS SANTOS (Fiesta de).—Véase el artículo *Fiestas fijas*, IX, 1.º

TONSURA.—En la antigüedad era un oprobio y una señal de servidumbre tener la cabeza afeitada. Aun entre los primeros cristianos, las gentes dedicadas á los trabajos materiales llevaban los cabellos muy cortos, como lo prueban los trabajadores llamados *fossores*, que están con frecuencia representados en los cementerios subterráneos de Roma (véase Aringhi, t. II, páginas 23, 63, 67, 101, etc., y la figura de nuestro artículo *Fossores*).

Los monjes, desde el origen de su institución, se afeitaban completamente por un sentimiento de humildad; los autores antiguos dan fe de ello, y en particular San Paulino de Nola (*Epist.* IV y VII). En el siglo VI, los clérigos, que rivalizaban en perfección con aquéllos, imitaron su ejemplo; pero es cierto que hasta entonces se contentaban con llevar la cabellera corta, para distinguirse de la molicie de los mundanos. San Pablo había predicado (1 *Cor.*, II, 4) que era una ignominia en un cristiano dejar crecer su cabellera y su barba; y vemos, desde los tiempos más remotos, á los Papas y los concilios, inspirándose en el precepto del Apóstol, trazar con este objeto las reglas más severas para los eclesiásticos.

Así, el Papa Aniceto, que ocupaba la Santa Sede en 167, hace una constitución especial en la materia (*Lib. Pontif. In Vit. Anic.*): *Ut clericus comam non nutriat, secundum præceptum Apostoli.* San Dámaso (*Epist.* VIII) censura á los que hubieran ordenado un clérigo sin que tuviese cortada su cabellera, *qui comatus ordinatus fuerat*, de haber olvidado ó de no haber leído las palabras de San Pablo. El Concilio IV de Cartago, celebrado en 436 bajo el pontificado de Anastasio, y aprobado por León III, decreta, *ut clericus nec comam nutriat, nec barbam* (Labbe, t. II). Más tarde, es decir, en 641, bajo Sergio, el Concilio undécimo (can. XXI) dispone que un clérigo cualquiera que haya caído en crimen grave, procediendo su deposición y su supresión del canon y del catálogo del clero, sea privado de la tonsura: *Comam nutriat ad instar laicorum.*

También podía probarse con numerosos y muy antiguos ejemplos, que esta fué siempre la práctica de la Iglesia. Así, Prudencio (*Peristeph.*, XIII), hablando de la recepción de San Cipriano en el clero de Cartago, señala esta circunstancia como característica:

Deflua cæsaries compescitur ad breves capillos.

Sabemos por el historiador Sócrates (III, 1) que habiendo deseado Juliano el Apóstata, para ocultar sus miras hipócritas, recibir en la Iglesia de Nicomedia el orden de lector, no fué admitido sino después de haber cortado su cabellera al rape, *detonsis ad cutem crinibus.* Evagro, que, como se sabe, empezó la historia eclesiástica en los tiempos del Concilio de Éfeso, época en que termina la de Sócrates, al mencionar la elevación de Marciano, hijo de Antemio, al orden del presbiterado, tiene cuidado de indicar que la tonsura de los cabellos precedió á la ordenación: *Detonsa coma, presbyter est ordinatus* (*Hist. eccl.*, lib. III, c. 26). En la Galia, San Germán de Auxerre, en el siglo V, fué iniciado en la clericatura por San Amator, mediante la tonsura (*Vit. S. German, ap. Surium*, XXXI *jul.*), y en el siglo VI San Eon recibió con la misma ceremonia, entre sus clérigos, á San Cesáreo de Arlés (ibídem, XXVII *aug.*).

La tonsura propiamente dicha, es decir, la corona clerical, data también del siglo VI, y sólo valiéndose de falsas interpretaciones de algunos textos, se ha pretendido remontar su uso hasta el origen del cristianismo. Esta corona estaba completamente conforme con la que llevan todavía hoy los religiosos del orden de San Francisco, y era para los clérigos una señal de dignidad que los distinguía de los penitentes y de los monjes, que conservaron la tonsura completa, á menos que fuesen admitidos á la dignidad sacerdotal, lo que no sucedió sino más tarde, como es sabido.

San Isidoro de Sevilla (*De offic. eccles.*, II, 4) y San Gregorio de Tours (*De glor. martyr.*, l. I, c. 28) hacen ya mención de esta corona, y el Concilio IV de Toledo fija en 633 su forma del modo siguiente: *Omnes clerici, detonso superius capite toto, inferius solam circuli coronam relinquant.* Así la representan los monumentos del siglo VI, entre otros un fresco del cementerio de Calixto que representa al Papa San Cornelio (véase De'Rossi. *Roma sott.*, tav. VI), figura aquí reproducida y, también el mosáico de San Apolinario de Rávena, que data de 567, y en el que se ve este santo obispo con una tonsura igual á la que se describe por el Concilio de Toledo (véase Ciampini. *Vet. mon.*, t. II, tab. XXVII. — Véase también nuestro artículo *Transfiguración*). Esta santa asamblea la redujo á su institución normal, porque ya entonces se habían introducido abusos, y en España sobre todo se veían lectores que llevaban largas cabelle-

ras, conformándose con dejar una estrecha tonsura en la parte superior de la cabeza, *in capitis apice modicum circulum*, como la de los eclesiásticos de nuestros días.

Sea de ello lo que quiera, el origen de esta costumbre vino probablemente de una vaga tradición, que suponía que San Pedro había llevado una corona semejante, en memoria de la Pasión del Salvador, y sobre todo de la coronación de espinas (Greg. Turon. *De glor. martyr.*, VIII). Lo que hay de cierto es que desde esta época, la iconografía le asignó este atributo como señal de preeminencia sobre los demás Apóstoles. Esto es lo que ofrecen los mosáicos, así como los manuscritos más antiguos (véase Borgia. *De cruce Velit.*, pág. 84). Para más extensos detalles, pueden consultarse Chamillard. (*De corona, tonsura et habitu cleric.*) y du Saussay (*Panopl. cleric.*).

TORRE EUCARÍSTICA.—Véase el artículo *Paloma eucaristica.*

TÓRTOLAS.—La tórtola está representada por los Santos Padres como el modelo y el símbolo, ya de la fidelidad conyugal, ya de la virginidad: *In turture incorruptæ generationis natura, vel immaculati corporis castimonia* (S. Ambros., l. II. *De Abraham*, c. VIII, n. 53). La antigüedad creía que la tórtola se conforma con un solo macho y que se conserva viuda cuando lo ha perdido (Aristot. *De animal.*, c. XLIV). Por esta razón, en los ángulos formados por las bóvedas de los nichos de algunos sarcófagos bisomos, se ven tórtolas picoteando frutos en cestitas invertidas: tal es el de Probo y Proba, en el que los dos esposos están figurados de pie en el nicho central, estrechándose la mano en señal de supremo adiós (Botar., tab. XVII y XVIII), y también otra urna sepulcral encontrada en Arlés en 1844 (véase el artículo *Matrimonio*).

TRADITORES.—La historia eclesiástica designa con este nombre á los que en tiempos de la persecución de Diocleciano entregaban á los paganos, para quemarlos, los libros santos y los vasos de la Iglesia. El primer Concilio de Arlés (c. XIII), que es también el primero que se ha celebrado después de esta persecución, decreta que los clérigos convictos de este crimen serán depuestos de su cargo. Vemos por las actas de este Concilio que los que habían tenido la cobardía de denunciar á sus hermanos, entregando los registros ó libros matrículas donde estaban inscritos sus nombres, eran también considerados como culpables del crimen de tradición y expulsados de las filas del clero: *De his qui scripturas sacras tradidisse dicuntur, vel vasa Domini, vel nomina Fratrum suorum, placuit nobis ut quicumque eorum in actis publicis fuerit detectus, non verbis nudis, ab ordine cleri amoveatur.* Los donatistas imputaron con frecuencia esta especie de tradición, pero calumniosamente, á Ceciliano, obispo de Cartago, y á los que lo habían ordenado. A esta acusación respondía San Agustín (*Epist.* L. *Ad. Bonifac.*) que si fuera fundada y pudiera demostrarse como tal, no dudaría en anatematizar á este obispo aun ya muerto. Está demostrado que Ceciliano fué declarado inocente en el Concilio de Arlés, y que fué también llamado á sentarse allí y suscribió sus actas (véase Tillemont, VI, pág. 708).

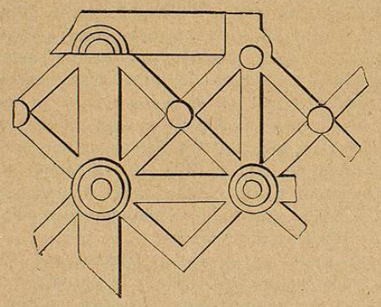
Pero los que atribuían tales cosas á Ceciliano eran ellos mismos *traditores*, y habían llegado á tal grado de impudencia, que se absolvían unos á otros, para acusar á los inocentes, como lo demuestran San Optato de Mileve (l. I, página 39) y San Agustín (*Contr. Crescom.*, l. III, c. 27), por las actas del Concilio de Cirta, donde había pasado esta triste escena que se levantaba ante ellos como un testimonio abrumador.

Las actas del Concilio de Cirta fueron conservadas con cuidado, y San Agustín y San Optato publican el pasaje principal, el único que ha llegado hasta nosotros (Agustin. *In Cresc.*, l. III, 3, 27.—Optat., l. I, pág. 39). Se encontraron allí once ó doce obispos todos de la provincia de Numidia que tenía por capital esta ciudad de Cirta, llamada después Constantina, por el emperador Constantino. Después de ser absueltos de su apostasía, terminaron el Concilio por el acta de convocatoria, á saber: la elección de un obispo de Cirta. Su elección recayó en un traditor, el subdiácono Silvano, que había entregado los vasos sagrados el 19 de Mayo del año 303. Segundo, obispo de Tigisito, que había presidido esta asamblea, trató de paliar su cobardía, alegando que había temido que la severidad ocasionase un cisma. San Agustín no parece condenar su conducta (*Epist.* CLXII). Pero estos obispos traditores fueron los primeros autores del cisma de los donatistas (véase Tillemont, VI, pág. 10).

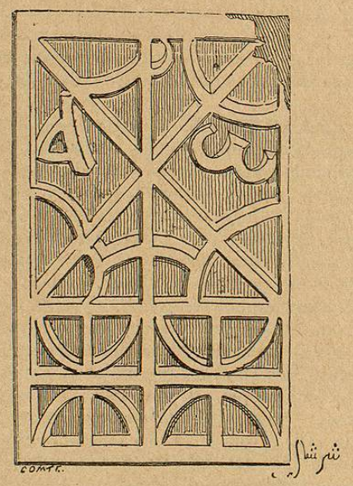
TRANSENNA.—Era una especie de alambrera de mármol usada en las capillas de las catacumbas para proteger las reliquias de los mártires contra la profanación, y también contra el indiscreto aunque piadoso celo de los fieles. Boldetti (véase *Cimit.*, pág. 35) encontró una de estas *transennas* casi entera en el cementerio de Calixto, y trae su dibujo: en el sarcófago descubierto se ve el cuerpo del mártir, y la rotura del enrejado en su parte inferior autoriza á creer que había sido una valla insuficiente para proteger esta reliquia. Pero nada iguala en interés á lo que publica M. De'Rossi (*Inscr. Christ. Urbis Romæ*, t. I. *Proleg.*, página CXV) y que lleva una magnífica inscripción de fines del siglo III. Por la actividad del mismo anticuario la balaustrada que rodeaba primitivamente el altar y la cátedra de la famosa cripta de los Papas, en el cementerio de

Calixto, ha sido restablecida, mediante los restos que se hallaron esparcidos por el suelo (véase en el segundo vol. de la *Roma sott.*, pl. I. A), la restauración completa de la cripta.

Otras muchas verjas del mismo género han sido encontradas, pero más ó menos rotas, en este cementerio, así como en los de Priscila y de Santa Elena. M. Perret (IV, pl. VII) publica un fragmento cuya reproducción damos aquí.



Su uso fué conservado para la *confesión* de las basílicas superiores (véase el artículo *Confesión*): los autores la mencionan con frecuencia. Se cree que las magníficas transennas que se admiran en la basílica de San Clemente de Roma, pertenecían primitivamente á la Iglesia antigua, hoy subterránea. Leemos en el Libro pontifical con motivo de Sixto III: *Ornavit transennam, et altare, et confessionem S. martyris Laurentii*, «adornó la transenna, el altar y la confesión del santo mártir Lorenzo». Y San Paulino, al describir la basílica de San Félix en Nola, dice (*Ep. ad Sever.*): *Lætissimo vero conspectu tota hæc basilica memorati con-*



fessoris aperitur trinis arcubus paribus, perlucente transenna, «de un aspecto muy elegante, toda esta basílica del dicho confesor, se abre por tres arcos iguales, delante de los cuales luce una transenna». Análogas menciones encontramos en San Gregorio de Tours (L. I. *De glor. conf.*, 37), en Beda (*Hist. Angl.*, c. III) y en Evodio (*De mirac.* S. Steph., c. 12). El uso de las transennas existía también en las Iglesias de Africa. He aquí un curioso fragmento dibujado en Cherchel por el comandante Seriziat. Sus compartimientos en la parte superior están, como se ve, combinados de modo que figuren el monograma de Cristo, rodeado de las iniciales **A** y **ω**.

Los fieles tenían costumbre de introducir por las aberturas de estos enrejados velas y lienzos llamados *brandea* por los autores antiguos, para ponerlos en contacto con el sepulcro; después de algunos días de vigilias, de oraciones y de ayunos, se retiraban estos objetos con la piadosa confianza de que se habían empapado de una virtud sobrenatural, á la cual se recurría para conseguir curaciones y otros efectos milagrosos (véase el artículo *Fenestella confessionis*). El mismo Gregorio de Tours (*De glor. MM.* I, c. 28) habla ligeramente de los velos y de las llaves de oro que se suspendían de este modo en la confesión de San Pedro. Las obras de San Gregorio el Grande facilitan también numerosos detalles sobre estos objetos, así como sobre sus efectos prodigiosos (Paul., diac. *In Vit. S. Greg.*, II, 42). Las *transennas* de las catacumbas fueron probablemente el orígen de los canceles que protegían el santuario en las basílicas primitivas (véase el artículo *Cancel*).

Las tumbas construídas en el suelo (y no subterráneas) estaban protegidas también, con frecuencia, por transennas y coronadas por un *tegurium*. También existen sarcófagos de mármol adornados de esculturas que imitan las transennas de mármol ó las verjas de bronce, y divididos en varias secciones por pequeñas pilastras. También las hubo algunas veces en las puertas, en las ventanas y alrededor de la abertura exterior de las claraboyas de las catacumbas.

TRANSFIGURACIÓN (Fiesta de la).—Esta fiesta se halla mencionada en los menologios más antiguos de los Griegos, entre otros, en el que ha editado Canisio (*Antiq. lect.*, l. III.—Cf. Pellic., II, pág. 61), así como también en los más antiguos martirologios manuscritos de los Latinos (véase Baronio. *Not. ad martyrol. ad diem aug.* VI). Existe además, respecto á este asunto, una Constitución de Manuel Comneno (*Cod. tit. De feriis append.*).

Calixto III, que ocupaba la Santa Sede á mediados del siglo XV, estableció, para esta fiesta, un oficio especial, al cual concedió las mismas indulgencias que las de la festividad del Cuerpo de Dios. Por esta razón algunos

historiadores, entre otros Platina, han atribuído á este Papa la institución de la fiesta misma, siendo un error contra el cual protestan todos los monumentos más antiguos de la historia eclesiástica. En 850, bajo el emperador Lotario, Wandeberto la menciona en su martirologio en verso (Trithem. *De Vir. illustr. ord. S. Benedict.*, II, 36.—Cf. Baron., ibíd.):

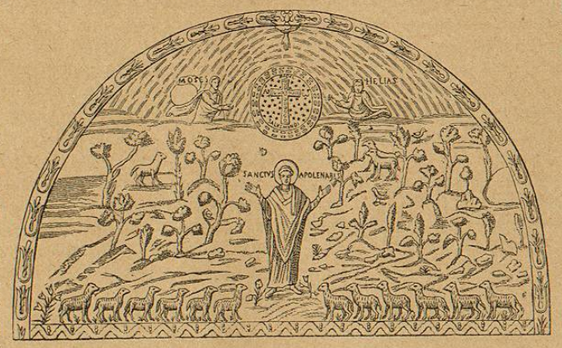
Idibus octavis mortem passura, crucemque,
Christi sancta caro ætheream dedit ante figuram.

«En los idus de Agosto, destinado á la muerte y á la cruz,—La santa carne de Cristo presentó antes una figura etérea.»

En el siglo VIII, San Juan de Damasco pronuncia sobre esta fiesta un discurso que empezaba con las siguientes palabras: «Vamos, piadosa asamblea, celebremos este día con los corazones alegres.» También tenemos otro de San León, que es el XCIV de los de este Papa, que sirve de prueba para la mitad del siglo V, al menos respecto á la Iglesia de Roma. Baronio cita también sermones de San Efren, de San Basilio de Seleucia, de San Andrés de Creta, cuyos manuscritos griegos se encuentran en la biblioteca Sforza. Estos últimos testimonios, sobre cuyo valor, no obstante, existen algunas dudas, harían remontar la fiesta de la Transfiguración al siglo IV.

Pero poseemos respecto á esta época una autoridad decisiva, como es el segundo Concilio de Nicea, en cuyas actas, entre otros escritos de Leoncio de Chipre, está indicado un discurso sobre la transfiguración del Señor: *De Transfiguratione Domini*.

TRANSFIGURACIÓN DE NUESTRO SEÑOR.—Este asunto, al cual ha debido Rafael la inspiración de una obra maestra sin rival, está muy rara vez representado en los monumentos de la antigüedad cristiana, por lo menos en Occidente. La iglesia de Santa Catalina, en el monte Sinaí, está adornada con una serie de cuadros en mosáico, donde se ve á Moisés en los principales acontecimientos de su vida, y en último término en el misterio de la Transfiguración (véase L. de La Borde, *Voyage dans l'Arabie Pétrée*, atlas). Estos mosáicos son del siglo IV. D'Agincourt (*Sculpt.*, l. XII, n. 24, 25) ha publicado una escultura que cree ser de la misma época, y en la que se halla también trazado este importante asunto (véase el artículo *Lámparas*). Melchor Fossati asegura haberlo encontrado en una lámpara recogida por él en Corneto dentro de un hipogeo etrusco que había estado ocupado por los cristianos (véase Rochette. *Mém. de l'Acad. des inscr.*, t. XIII, pág. 762). Lo que tenemos más antiguo después de estos monumentos, son dos mosáicos, uno de San Apolinario de Rávena, que data del siglo VI, y otro de los Santos Nereo y Aquiles de Roma, pero sólo del siglo VIII. El primero presenta la Transfiguración bajo formas alegóricas de las más ingeniosas. Nuestro Señor no está figurado en persona; en su lugar hay una cruz en un cielo estrellado, á los dos lados de la cual se hallan Moisés y Elías, vistos de medio cuerpo en una nube. Los tres Apóstoles que el Salvador había elegido para que fuesen testigos de su gloria, Pedro, Santiago y Juan, están representados por tres ovejas, y otras ovejas figuran los demás Apóstoles, las cuales se encuentran al pie de la montaña (Ciampini. *Vet. mon.*, II, tab. XXIV.—Véase el artículo *Cordero* en este Diccionario). He aquí la reproducción fiel del monumento.



En el segundo (ídem, ibíd., XXXVIII), Nuestro Señor en persona, colocado en la parte superior del arco, extiende la mano derecha y bendice; está vestido con una túnica roja y un manto blanco. Moisés y Elías están á sus lados. Un poco más abajo, dos Apóstoles, que se cree son Santiago y Juan, levantan un paño de su blanco manto á la altura de sus ojos, deslumbrados por el resplandor del rostro del Divino Maestro: *Resplenduit faciet ejus sicut sol* (*Matth.*, XVII, 2). El mismo asunto se encuentra en un sarcófago de Ostia (Millin).

TRASLACIONES DE RELIQUIAS.—Desde los comienzos del siglo II, encontramos traslaciones de reliquias. El primer ejemplo, según creemos, es el de San Ignacio, mártir, cuyos restos fueron trasladados desde Roma, lugar de su martirio, á Antioquía, su Iglesia (Ruinart, pág. 13. *Act.* n. V), primero á un cementerio, y más tarde á una de las basílicas de la ciudad, por la solicitud de Teodosio el Joven (Evagr. *Hist. eccles.*, I, 16). San Crisóstomo (*Homil. in Ignat. M.*) trae el detalle de las solemnidades con que los fieles rodearon esta primera traslación, y las gracias que en ello consiguieron. San Ponciano murió en Cerdeña, y su cuerpo fué llevado á Roma á